

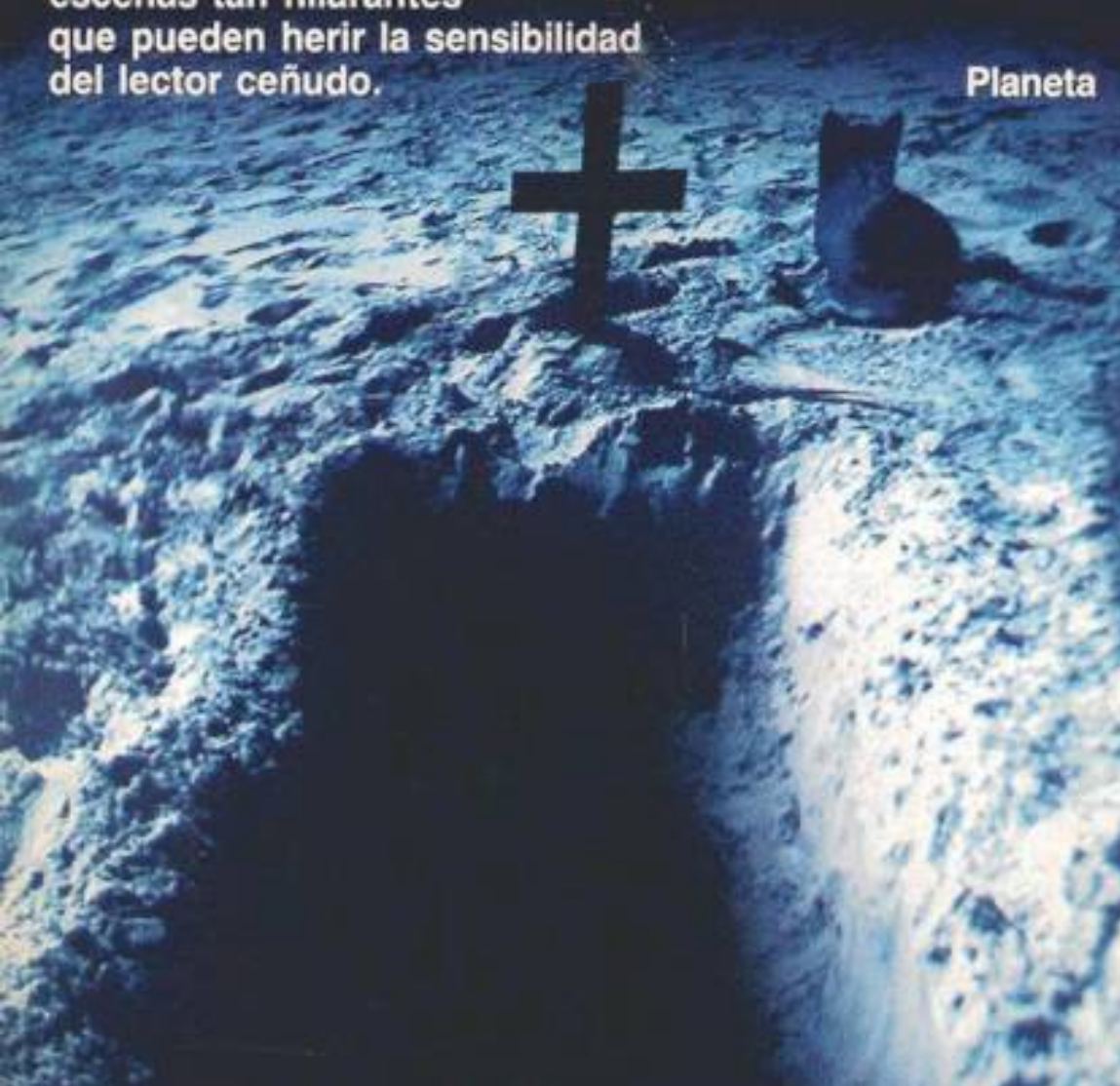


P García

Demasiados muertos para FLOWER

Una «novela negra»
clasificada «H». Contiene
escenas tan hilarantes
que pueden herir la sensibilidad
del lector ceñudo.

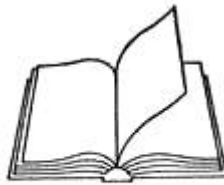
Planeta



La acción transcurre en la costa de la Alta California, mediada la década de los cuarenta, el tiempo y el lugar más típicos de la novela negra. Una cliente contrata a Flower, detective «muy» privado, para que logre que el hijo que escapó de casa vuelva al hogar. Pero no hay trabajo fácil para Flower, que se halla pronto inmerso en un asunto que trae de coronilla a la policía, al FBI y al propio Departamento de Estado. Betty Jo Trevillyan, la albina escultural sargento de la Brigada de Homicidios de Los Ángeles, y Marion Fulwider, su seductora ayudante de color, ven cómo el camino recorrido por Flower se siembra de cadáveres, para terminar mezclado con altos representantes de la política yanqui y significativos personajes de la tristemente célebre «caza de brujas» macartista. Siguiendo rastros llegará hasta el centro mismo de la intriga, ocupado por una organización que comercializa las teorías de Wilhelm Reich y la sexpol para su mejor beneficio. Con estos mimbres el autor construye una divertidísima novela que cuenta con los ingredientes básicos de la narrativa «dura» (sexo, violencia, corrupción y denuncia social) cuyo desenlace es puro thriller de apoteósica comicidad. La nueva peripecia de Flower, el investigador privado más humorístico de la novela actual, lleva al lector de gag en gag y de sonrisa en sonrisa hasta la carcajada del sorprendente final.

P. García

Demasiados muertos para Flower



colección fábula / 118

Planeta

Con la colección FÁBULA, Editorial Planeta se ha propuesto ofrecer al público los títulos más representativos, dentro del campo narrativo, de aquellos escritores que, frente al inmovilismo mental al uso, ofrecen un ejemplo constante de imaginación creadora y anti-conventional.

COLECCIÓN FABULA

Dirección: Rafael Borràs Betriu

Consejo de Redacción: María Teresa Arbó, Marcel Plans y Carlos Pujol

© José García Martínez, 1983

Editorial Planeta, S. A.,

Diseño colección y cubierta de Hans Romberg (foto Salmer y realización de Jordi Royo)

Primera edición: enero de 1983

Depósito legal: B. 43895 — 1982

ISBN 84-320-4218-8

Printed in Spain — Impreso en España

A Ross Macdonald, como homenaje

ADVERTENCIA

Todos los personajes de esta novela son imaginarios. Y los que no lo son, como si lo fueran.

El amor no existe. El respeto a los compromisos del corazón es una entelequia. Cada uno va a lo suyo, al interés más inmediato, y a los demás que los zurzan. Los hombres engañan a sus mujeres faltando a los más serios compromisos. Las mujeres también engañan a sus hombres, faltando a los más firmes juramentos. También los hombres engañan a sus hombres faltando a los más sagrados propósitos. No vivimos en una sociedad honesta sino en una selva de egoísmos feroces donde cualquiera atropella despiadadamente los sentimientos del otro en cuanto atisba la oportunidad de sacar tajada.

Apreté las quijadas con determinación. De ahora en adelante no dejaría resquicio para los sentimientos. Sólo me ocuparía en realizar mi trabajo con éxito. El éxito, sin que importen los medios utilizados para alcanzarlo, es lo único que esta podrida sociedad aplaude. Sería el investigador implacable que me obligaban a ser. La dureza de Flower haría historia.

G. FLOWER

PRIMERA PARTE

LA SIESTA ETERNA

1

Sea Street era una de las calles más antiguas de Pacific Point. Las casas tenían demasiados pisos, los pisos ventanas demasiado angostas y las fachadas en las que se abrían los ojos vacíos de las ventanas angostas llevaban demasiados años reclamando que alguien se ocupara en pintarlas de nuevo, sin que se les hiciera caso. La historia resultaba fácil de adivinar: se trataba de amplias y viejas viviendas que habían conocido mejores días, ahora divididas en pequeños apartamentos con sólo lo imprescindible. Hasta las palmeras que bordeaban la calle, raquíticas y medio peladas, parecían gritar su muda denuncia al deterioro económico del barrio.

Más abajo, en el puerto, frente al bulevar, los yates y los veleros se deslizaban por el canal como barquitos de juguete, puntualizando que en este lado de la costa había gentes que se podían permitir más lujos que los moradores de Sea Street.

El rótulo de la tienda decía: AVERY. CORSETERÍA. ROPA INTERIOR FEMENINA. La luna del escaparate reflejaba la imagen de un tipo extraordinario. Alto, de figura increíble-

mente proporcionada, vestía un audaz traje de mezclilla rosa.

El chaleco de negra botonadura dejaba ver una immaculada camisa blanca. Se tocaba con un sombrero de paja negra, con cinta rosada, de setenta dólares. La corbata de lazo, rosa con pintas oscuras, era el colmo de la elegancia.

Con ser interesante el conjunto, lo más llamativo del hombre reflejado en el cristal eran sus facciones, de una increíble perfección; y su mirada penetrante, ruda y cálida al mismo tiempo. El hombre que se reflejaba en la pulida superficie tenía un atractivo excepcional. Y no debe extrañar, porque el hombre cuya imagen se reflejaba en el escaparate de la tienda de Sea Street era yo.

Aunque no hiciera falta aproveché el reflejo en el cristal para retocarme la corbata estirando los extremos del lazo. Es algo que suelo hacer cuando me veo reflejado en cualquier parte.

El gesto provocó el regocijo de un trío de jóvenes que haraganeaba a la puerta de un bar vecino. Llevaban tejanos manchados de grasa y salitre del sudor, playeras sucias, camisetitas mugrientas y barba de una semana. Eran feísimos. Se dieron empujones como hacen los palurdos cuando bromean y formularon comentarios ofensivos sobre mi persona en voz lo suficientemente alta como para que no me perdiese su opinión. No me di por aludido, qué más hubieran querido. Alzando la barbilla para que notasen mi desprecio, bajé del bordillo y empecé a cruzar. El que un tipo tan atractivo se fuese a la acera de enfrente les produjo una risa tremenda. Majaderos.

El número 234 que era el que llevaba anotado no parecía el de la casa de alguien que pudiera gastar mucho dinero, ahora ni nunca, en un detective particular. A pesar de eso subí las escaleras hasta el tercer piso porque la voz de la mujer que me llamó por teléfono parecía agradable.

Abrió la puerta antes de que hubiera iniciado el ademán de oprimir el timbre. Debió de haber estado espionando mi

llegada a la calle por alguna de las ventanas con las persianas verdes enrolladas. La visita de un investigador privado constituía un acontecimiento en su vida.

—Mister Flower, ¿no es cierto? Yo soy mistress Carlson.

Tendría poco más de cuarenta años aunque aparentaba una docena más. Su figura de carnes blandas y colgantes denunciaba a la mujer que hace tiempo renunció a impresionar al sexo opuesto. El rostro semejaba una pared revocada con polvos de arroz sobre los que se había extendido sin el menor arte una capa de colorete. Los cabellos, mal peinados, aparecían prematuramente encanecidos. Llevaba un traje de crespón negro. Pese a todo olía a limpio.

—Ha venido antes de lo que esperaba...

—A estas horas el tráfico en la autopista desde Los Ángeles todavía no se ha puesto malo, mistress Carlson.

Se hizo a un lado para que pasara. Me introdujo en un *living* con muebles de su misma edad, por lo menos. humildes y gastados, coquetones tapetitos de hilo tejido protegían mesas y respaldos. Cualquier superficie horizontal se veía atestada de bibelots, conchas, caracoles marinos y figuritas de cristal soplado. Pese a tanta quincalla no se advertía ni mota de polvo. Los ladrillos del suelo, blancos y negros como casillas de un tablero de ajedrez, recién encerrados, lucían como joyas. La habitación olía tanto a limpio como su dueña. Tras conducir millas en el estrépito de la carretera tragándome el humo de tantos tubos de escape, la tranquilidad de la casa y el olor a limpieza me produjeron la sensación de un paraíso.

Tomó una pesada silla arrimada junto a la pared, la arrastró al centro de la pieza y me la ofreció, dejándose caer en otra.

—Le agradezco haberse desplazado tan rápido para atenderme...

—Siempre acudo pronto donde se me necesita.

—De todos modos se ha comportado con gentileza. — Juntó las manos sobre el regazo—. Tengo un problema...

¡Cielos, qué guapísimo es usted!

Bajo la capa de polvos se sonrojó, pensando que acababa de estar inconveniente. Sonreí con amabilidad porque a las mujeres, no importa edad, raza, condición o credo político, les causo una impresión bárbara. A los hombres también; pero según a quienes. Para aliviar la tensión dije:

—Tiene una casa limpiísima, mistress Carlson. Seguro que la hace personalmente.

—¿Cómo lo adivinó?

—No olvide que soy detective. No hay polvo en los rincones. Muchos rincones y nada de polvo. Eso únicamente es posible si el ama de casa se encarga de la limpieza. Las asistentas sólo atienden lo que se ve y se dejan las telarañas en las esquinas.

—¡Está usted en lo cierto! Trabajo como una esclava. Los resultados saltan a la vista: en mi casa se pueden comer sopas en el suelo.

—Es que si se quiere que el hogar esté como Dios manda hay que hacer las faenas en persona. Buscar servicio es un error.

—Le doy la razón. Las criadas y las asistentas, mucho exigir a través de su sindicato, mucho cobrar un ojo de la cara y después resulta que son unas manazas que lo rompen todo y además te esconden el polvo debajo de las alfombras.

—Qué me va a contar que no sepa, mistress Carlson —suspiré—. Yo, sin ir más lejos, la oficina que tengo en Yucca Avenue, me la limpio solito.

—¡No me diga!

—Como lo oye. Es que no me fío de las asalariadas. Ni a mi secretario, oiga, que es majísimo, le dejo pasar la bayeta por el escritorio, que me lo raya.

—¿Cómo se las arregla, mister Flower, si no es indiscreción?

—Durante cinco días a la semana investigo y el sexto me lío un trapo a la cabeza para no estropearme los pelos,

oiga, me anudo el delantal a la cintura y hago limpieza de sábado. Me gustaría que visitase mi oficina: la tengo como los chorros del oro.

—Pocos detectives podrán enorgullecerse como usted.

—Ninguno, oiga. Si viera el local de Philip Marlowe... — Reprimí un estremecimiento—. Una pocilga, lo juro. Y le aseguro una cosa, mistress Carlson: la investigación privada no está reñida con la higiene.

La charla sobre epistemología doméstica que se convierte en el foco de atención de la problemática íntima de las señoras que se precian de tales hizo que el hielo se rompiera entre nosotros. Mi interlocutora se permitió la sombra de una sonrisa.

—¿Le apetecería un té, mister Flower? Tengo el agua al fuego porque como yo me lo hago todo necesito comer algo entre horas para mantenerme.

Acepté la invitación. Puso en una mesita baja la tetera, las tazas y un plato de galletitas secas.

—Como he empezado a decirle, tengo un problema...

—Antes de entrar en materia, mistress Carlson, permítame una pregunta. Los tapetitos, ¿se los ha hecho usted?

—¡Naturalmente!

Tomé uno, examinándolo con ojo crítico.

—Qué maravilla. ¿Ha empleado ganchillo con mango o ganchillo largo para punto tunecino?

La sorpresa invadió su ajado semblante.

—¡No me diga que también entiende de labores!

—¿Que si entiende? Son mi pasión. Cuando estoy en la oficina desocupado en espera de que aparezca un cliente, en vez de poner los pies sobre la mesa y dedicarme con la paleta a matar esa mosca que revolotea por el despacho como hacen los investigadores sin sensibilidad, cojo un ovillo de lana y fibra, otro de perlé, las agujas y la horquilla para hacer galones y tejo preciosidades.

—¡Entonces déjeme que le enseñe una cosa, mister Flower!

Salió del cuarto y volvió en menos de un minuto con una prenda camisera con escote de encaje que era un sueño. Se lo dije:

—¡El escote de encaje es un sueño, mistress Carlson!

—¿Cuánto tiempo dirá que me ha llevado? —inquirió, sin poder disimular su satisfacción.

—Quince días.

—¡Tres tardes!

—¡No puedo creerlo!

—¡Que me muera de repente si no es verdad!

Tomé la labor para mirarla con detenimiento. El escote en uve tenía los bordes ondulados como suaves ondas marinas. La base del triángulo invertido aparecía con pespuntos tan perfectos como realizados a máquina. Sobre el encaje había encantadores dibujos de pétalos y centros de flores.

—¡Tiene que decirme cómo lo ha hecho!

—Un ganchillo del número uno, tres ovillos y dos metros de tela de lino blanco.

—¿Doble ancho? —pregunté, mientras tomaba notas en la agenda.

—Doble ancho. Primero se monta una cadeneta de ciento dieciocho puntos y se tejen los cuadros de menos para seguir el dibujo, continuando a punto de celosía hasta el último cuadrado.

—¿Y para los dibujos?

—Para los dibujos se hace una cadeneta de diez puntos, cerrando en redondo.

—Con punto raso... —dije.

—Con punto raso, claro. Después se rompe el hilo y se deja la hebra suficiente para coser el elemento al fondo del punto de celosía.

—¿Y para los tallos? —seguí anotando.

—Doce puntos de cadeneta y un punto bajo sobre cada punto.

—¿Dos del derecho y uno del revés?

—Exacto. Da gusto hablar con expertos... Las hojas son como los tallos pero sobre trece puntos de cadeneta y con veintiséis puntos bajos.

—En cuanto tenga un rato me hago una camisa así. —Cerré el bloc de notas—. ¡La envidia que pasarán mis amistades!

Mistress Carlson se atracaba de pastas. No era de extrañar que con esa costumbre entre comidas tuviera la figura echada a perder. Precavido como soy no probé ni una.

—Si ya sabe como se hace ese trabajo de ganchillo, mister Flower, le expondré mi problema...

—¡Un momento! —saqué el pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta, lo desplegué y le mostré el bordado de mis iniciales sobre el dibujo de una lupa—. ¿Qué me dice de esto?

—¡Cielos, mister Flower! ¡En mi vida vi nada igual!

—*Petit-point* —sonreí, con suficiencia.

—¿*Petit-point*?

—*Petit-point* —repetí—. Un bordado noble que se hacía antiguamente con seda, y que hoy se emplea con lana o *moulinè*. Con esta técnica se pueden conseguir obras de arte.

—No tengo idea del *petit-point*, mister Flower. ¿Se borda a mano?

—A mano, pero es recomendable el bastidor. Yo siempre empleo el bastidor, oiga. Se empieza de derecha a izquierda, sacando la aguja por el derecho de la labor y se pincha el cuadro inmediato superior derecho. Luego la aguja sale hacia la izquierda a dos puntos de la última puntada. Así tiene el punto hecho.

—¿Y en la vuelta de regreso?

—Ahí hace un punto vertical por el revés y por el derecho quedará un punto terminado en oblicuo. De izquierda a derecha se pincha la aguja en el cuadro de la izquierda y hacia abajo y sale arriba a la derecha. Para la siguiente vuelta de regreso pincha la aguja en el cuadro que está justo

debajo del último punto y queda iniciado el punto siguiente[1]. ¿Verdad que es sencillo?

—Tal y como usted lo explica, hasta un niño podría hacerlo.

—¿Quiere que le explique cómo se hace el trabajo de *petit-point* al bies?

—Me encantaría, mister Flower, pero no le he hecho venir de Los Ángeles para hablar de labores.

—¡Perdóneme, mistress Carlson! Es que delante de una taza de té y charlando de estas cosas se me va el santo al cielo.

El trabajo de investigador privado tiene estos inconvenientes. Cuando te encuentras en la más agradable de las conversaciones alguien o algo hace que vuelvas a la cruda realidad. Debes abandonar lo que solaza tu espíritu para oír las miserias de los demás. No te puedes quejar. Es tu oficio. Para eso te pagan.

Crucé las piernas estirando el pantalón con cuidado para que no se me formaran rodilleras y me dispuse a escuchar.

2

Un manto opaco pareció envolver a mistress Carlson, del 234 de Sea Street, en Pacific Point. La viveza que iluminara sus facciones durante la charla precedente dio paso a una expresión preocupada.

—Tengo un problema...

—Eso creí entender. Dígame en qué consiste.

—Soy viuda. Con un hijo.

—¿Cuál es el problema? ¿La viudedad o el hijo?

—El hijo. El pequeño Tom. Hace tres días que falta de casa.